

**SIQUEIROS: LAS MEMORIAS
DE GUERRA DEL
CORONELAZO**

Regina Aída Crespo *

El *Coronelazo* --en realidad teniente coronel de la 46^a y de la 82^a Brigadas del 8^o Ejército Republicano Español--, recibió este apodo de un periodista en México. David Alfaro Siqueiros acababa de regresar de la Guerra Civil Española y era blanco continuo de ataques de los simpatizantes franquistas, ataques que culminarían en el apodo. El pintor, en lugar de molestarse, lo adoptó con gusto, pasando incluso a firmar sus trabajos con el nuevo nombre. Así, Siqueiros decidió asumirse como el *Coronelazo*, colocándose al lado de otros grandes artistas: el Tintoretto, el Maroccio, el Españolito. Al tomar el apodo públicamente, el pintor no sólo creó una nueva imagen de sí, sino que

respondió al reportero en forma hábil y espectacular, algo por cierto muy típico de su carácter.

Entre el arte y la militancia política, entre la teoría y la práctica, entre los pinceles y las armas, podríamos pensar que el muralista Siqueiros siempre reaccionó sin imponerse grandes dilemas de conciencia. De hecho, Siqueiros no parece haber sufrido remordimientos al dejar la pintura para unirse a las tropas carrancistas durante la Revolución, cuando era todavía alumno de la Academia de San Carlos. Tampoco para actuar como secretario del sindicato de los mineros de Jalisco, algunos años después, ni para presentarse como soldado voluntario en la Guerra de España. Sin embargo, después de la acción (y a veces durante ella), siempre volvía a los pinceles. En sus pinturas, principalmente en los murales, el tono efervescente y grandilocuente de sus experiencias en la guerra, en la militancia política y en la lucha sindical

siempre afloró de manera incuestionable, en la temática, en las figuras, e incluso en sus experimentos con nuevos (y revolucionarios) materiales.

En el libro de memorias que dejó, significativamente titulado *Me llamaban el Coronelazo*, Siqueiros encuentra una definición bastante despectiva para los artistas no comprometidos. Llamaba a Tamayo "pintor sólo pintor", rótulo que extendió a sus jóvenes seguidores, ligados al abstraccionismo y detractores de la pintura mural. Ahora, si queremos una definición de Siqueiros, podemos utilizar la imagen opuesta: este "pintor no sólo pintor" fue un militante de tiempo completo, un militante comunista apasionado y simultáneamente disciplinado. A este personaje importante de la historia cultural mexicana reciente, a este hombre que supo cultivar su propio mito, podemos casi casi escucharlo recordando su vida, hablando de la Guerra de España durante los años que pasó en el

tétrico "Palacio Negro de Lecumberri", en el gobierno López Mateos, acusado del raro delito de "disolución social".

Algo que caracteriza las memorias de Siqueiros -- en gran parte dictadas al periodista Julio Scherer, quien lo iba a visitar cotidianamente en el penal -- es la despreocupación con la cronología de los hechos. Lo que rige el relato es la memoria de su autor y la necesidad que él tenía de dejar registrada su propia visión de los hechos que vivió. En cuanto a nosotros sus lectores, si no buscamos otras fuentes, nos arriesgamos a quedar como rehenes de este cautivante narrador. Sin embargo, aunque escuchemos solamente la voz de Siqueiros, tendremos la oportunidad de conocer algunos hechos importantes de la historia de México, de la historia de España, de la historia del siglo XX, en la versión particular de alguien que los pudo vivir.

En sus reminiscencias de la Guerra Civil Española estarán registrados sus ademanes de soldado siempre listo, su disciplina militar aprendida en la revolución mexicana (cuando era todavía un muchacho más, en lo que los soldados de carrera llamaban "los batallones mamá"), su carácter seductor y la verdadera fe que tenía en el partido comunista.

Siqueiros nos habla de más de trescientos voluntarios mexicanos que partieron a España y fueron distribuidos en diversas brigadas, en diferentes lugares del país. Con el acuerdo que el gobierno republicano firmó para la salida de los soldados extranjeros, regresó a México al mando de cerca de 60 compatriotas. La partida masiva de los voluntarios extranjeros se debió a uno de los últimos intentos del gobierno republicano de no perder la guerra que, con la ayuda italiana y alemana a los franquistas y con la retirada de la ayuda soviética a las

tropas leales, de hecho ya estaba perdida. Sin embargo, pocos mexicanos pudieron regresar: la muerte había alcanzado a la gran mayoría de los combatientes que viajaron a España con expectativas distintas, pero probablemente con los mismos deseos de construir una sociedad más justa y, quizás, bajo un ideal internacionalista que después de la Guerra de España simplemente dejó de existir.

Con lo que vivió en la guerra, Siqueiros podría llenar las páginas de todo un nuevo libro. Sin embargo, en las que dedicó al tema en sus memorias -- páginas llenas de diagnósticos sobre la derrota, de comparaciones entre la guerra española y la revolución mexicana, de ataques de ira hacia los trotskistas del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), de defensa de los stalinistas y del relato de aventuras que cabrían en una película de suspense -- Siqueiros hace que imaginemos la guerra, pero más que eso que lo

veamos a él como personaje importante en su enredo y que conozcamos las acciones en que participó.

Un buen ejemplo de esto es cuando nos cuenta la verdadera aventura que vivió para encontrar el ejemplar de una revista militar italiana retirada de circulación, que contenía informaciones sobre el desplazamiento de las tropas fascistas en el territorio español. Después de buscar sin éxito la ayuda del poeta Manuel Maples Arce, entonces diplomático, después de deambular por Roma e ir a dar a una cena de pintores y militares fascistas, después que le revisaron su equipaje en el hotel, con lo cual se quedó casi seguro de que lo iban a arrestar, Siqueiros encuentra la famosa revista en una fonda de barrio a donde fue a parar por mera casualidad. Con el tesoro en las manos, el oficial republicano recorrerá todo el largo camino de vuelta, todavía agitado, buscando espías en cada mirada que recibía,

en cada parada del tren, para finalmente cumplir su misión.

Otro ejemplo más es cuando rememora un lúgubre hecho -- del cual por cierto no se arrepiente -- en que él y el coronel mexicano Juan B. Gómez ejecutan a un joven trotskysta acusado de hacer propaganda derrotista entre las tropas. Su superior le pide que lo acompañe en la ejecución y Siqueiros lo hace sin pena. La disciplina es, para el pintor, un principio elemental. La disciplina, la jerarquía, el orden son conceptos que rigen la vida de este arrebatado y valeroso pero responsable hombre de su partido. El *Coronelazo* los va a enseñar a sus comandados anarquistas, a quienes buscará encuadrar por medio del ejemplo y también de los castigos.

En tono nostálgico, Siqueiros habla de una unidad anarquista cuyo mando le dieron exactamente por el hecho de que él era mexicano. Según el pintor, los anarquistas amaban a México y a su

revolución y odiaban a la Unión Soviética. Como revolucionario mexicano que era conquistó su respeto y, poco a poco, los hizo soldados, quitándoles el individualismo, a su juicio, pariente de un heroísmo inútil. La disposición de Siqueiros para aceptar tareas, cumplir órdenes y recibir misiones parece estar ligada a una capacidad de olvidarse de las personas y de sí mismo para colocar en primer plano los principios y la política. Sin embargo, actuando de esa manera, Siqueiros fue también un gran protagonista. Sus iniciativas, su entusiasmo, y ¿por que no? su vanidad le dieron al *Coronelazo* este colorido tan típico de las contradicciones.

Su amor de muralista a la escenografía y a la épica, además de su protagonismo, puede muy bien explicar por qué Siqueiros se compró un uniforme militar que lo destacaba de todos los demás combatientes. Botas federicas, amplia capa, uniforme de húsar austriaco, ademanes

grandilocuentes, risa suelta y amable, cabello ensortijado y los ojos azules echando chispas: así lo vio otra memorialista de aquellos tiempos turbios, Elena Garro, cuando lo conoció en el frente de Pozo Blanco, en 1937. En el relato de Garro, constatamos el carisma ejercido por el pintor-combatiente entre sus compañeros comunistas, ya que el motivo de la visita de algunos intelectuales mexicanos al frente de combate, en un viaje riesgoso entre campos posiblemente franquistas, fue nada menos que avisar al bravo oficial que su celosa compañera estaba por llegar. Al recibir la noticia, el galante *Coronelazo*, que andaba con una guapa andaluza, tendría tiempo suficiente para arreglar su situación. Estaba salvado y los valerosos intelectuales mexicanos, entre los cuales se encontraba la joven Elena, habían cumplido su misión.

Como ya sabemos, después de la epopeya española, Siqueiros regresó a México. La nueva tarea de este "pintor no sólo pintor" sería

luchar por la expulsión de Trotsky. Tal hecho desembocó en su participación en un atentado, seguido de fuga y encarcelamiento, pero todo eso ya hace parte de otra historia entre las muchas que este impresionante personaje nos dejó.

*** Regina Aída Crespo Franzoni.**

Es doctora en Historia Social por la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias por la Universidad de Sao Paulo, Brasil. Antes obtuvo el título de licenciada en Ciencias Sociales en el Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas de la Universidad Estadual de Campinas y el de maestría en Teoría Literaria en la misma Universidad. Sus intereses académicos la han llevado al estudio del pensamiento mexicano y brasileño.